

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

UN PAR DE HIPOCRITAS

Tío Cacharro era un pobre hombre, que nació allá por los años de mil ochocientos, en aquellos tiempos de oscuridad y tinieblas, en que, si bien tenía unos poderosos marinos y vastas posesiones en América, no gozábamos de libertad de imprenta, ni de pensamiento, ni de cultos, ni de otra alguna libertad de las que á estas fechas tan felices nos hacen, y nos harán, tanto más cuanto más progresemos.

¡Qué atraso. Señor, el de España por aquellos días! Según Trompetero, el insigne citador y barajador de nombres y fechas, reinaba entonces Felipe II y gobernada Cisneros, y era inquisidor general —¡horrorícense ustedes!— ¿lo digo? Pues Torquemada. Con que, no hay que hacer comentarios.

Chamuscábase entonces el pellejo á cada sabio, que daba la hora: los curas tenían la nación en un puño, y nadie llegaba á viejo sin haber sido, por lo menos, emplumado un par de veces. ¡Eal que no se podía vivir en paz — Gracias á los *modernos ideales*, que todo se lo llevaron, ahora podemos dormir tranquilos — Porque la *redentora francesa* apenas si había tenido tiempo de llevar á cabo la *asombrosa* toma de la Bastilla y las *frioleras* de 1793.

Pues, como iba diciendo, tío Cacharro era entonces un cacharrito recién hecho. Su padre, oscurantista de primera, murió en defensa de la patria, combatiendo en Zaragoza contra la *civilizadora* Revolución, personificada en los soldados de Bonaparte; y él, mocosuelo entonces, que no sirvió más que para empujar cañones y cantar á voz en cuello.

La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa; que quiere ser Capitana de la gente aragonesa,

entró á «servir al Rey» en 1820. Destinado á esta isla pocos años despues, tomó la licencia, se casó, y honrado y laborioso jornalero, y católico á machamartillo, ha sido hasta su muerte, aca-

cida pocos meses hace.

Adelante.

Vivia, hará cosa de dos años, en una casa de pobre aspecto, muy reducida; pero tan limpia, que daba gozo ver sus blancas paredes y sus encarnadas baldosas; aquellas enjalbegadas dos veces al mes, y estas aljofifadas cada semana y barridas tres veces al día por la mujer de tío Cacharro, pobrecita anciana que era modelo de mujeres hacendosas. Muy oscurantista también. Y digo esto, porque apenas se sintió enferma — del mal que le abrió la tumba, — confesó y comulgó, tan contritamente, que lloraron todos los que al acto asistieron, y quiso poco antes de morir, que le pusieran en las manos un crucifijo, y abrazada á él, y besándolo, espiró.

Tío Cacharro con la resignación de un Santo, sufrió este contratiempo como habría sufrido otros mil, diciendo muchas veces y pensándolo muchas más: «Cruz busquemos, Cruz deseemos trabajos abracemos; que el día que no los tengamos ¡ay de nosotros!»

Este dicho de Santa Teresa habíase-lo aprendido de memoria el buen viejo de boca de Juan Manuel, jóven vecino suyo, que, por las trazas, debía de ser un solemnísimos apagaluces, de esos que les hacen el caldo gordo á los señores curas, y se confiesan cada mes y son socios de la conferencia de S. Vicente de Paul, y, por fin, un *carliston*, que iba á lo menos una vez á la semana, acompañado de Pepe Martín ¡otro que tal! á visitar á tío Cacharro, y le daban una limosna y muchos consuelos.

Para que se vea á que punto llegaban los muy pícaros echándose las de humildes, cuando le daban la limosna á tío Cacharro, decían:

—Tome usted, amigo; esto le manda S. Vicente esta semana.

—Dios se lo pague. Gracias hijos míos.

—¿Gracias á nosotros? Y ¿por qué?

—Bueno: por amor de Dios sea.

—Esto es.

Y luego murmuraban palabras de un extraño idioma, que el viejo no entendía, y que sin duda era una jerga secreta, de la cual los jesuitas solamente

debían poseer la llave... Pronunciáronlas un día en alta voz, y un vecino libre pensador, que solía atizar de vez en cuando, para ver que misterio llevaba allí á los muy reaccionarios, oyó que decían:

—*Ad majorem Dei gloriam.* (1)

¿Qué querría decir aquello? Espeluznábale el libre pensador al considerarlo. Lo que es él no se hubiera fiado mucho á haber estado en el pellejo de tío Cacharro... ¡Si irían á pedirle el voto! pero el viejo no lo tenía. ¡Ah, ya! Empezaban á sonsacarle para cuando se estableciera el sufragio universal. Por que á ver, dígame usted: ¿qué demonstres podían pescar de aquel anciano, que no tenía un cuarto, achacoso y sin brios, sino el voto?

En esto enfermó tío Cacharro. Una señora de la vejez, muy devota y caritativa, se encargó de cuidarle, con esa abnegación cristiana que «por amor al prójimo por amor de Dios,» lleva á cabo los más grandes sacrificios. Juan Manuel y Pepe Martín, que eran pobres y tenían que trabajar para mantenerse, pasaban las horas en que estaba cerrada la oficina, en amigable compañía del viejo y de su virtuosa enfermera.

—¡Conciliábulo! murmuraba el vecino, que por algo era libre-pensador, es decir, que podía pensar lo que quisiese.

Bueno. Pues quiso el Señor que la señora tuviese que ausentarse, precisamente cuando más falta hacía en aquella pobre casita. A Pepe Martín y á Juan Manuel se les cayó el alma á los pies al recibir la noticia. ¿Qué harían con el infeliz anciano? Abandonarle, no podían; cuidarle, como su enfermedad lo requería, menos.

¡Y á todo eso el vecino traga-bonetes, filántropo sin medida — que asistía á todos los bailes y funciones de beneficencia, — sin parecer por allí! ¡Claro, como no había más *the* que el de flor de malvas en la pobre casita...!

II.

Dos días despues de la partida de aquella señora, Juan Manuel y Pepe

(1) A la mayor gloria de Dios.

Martin se hallaban en presencia de un caballero, al parecer ya entrado en años, cuya mirada parecia tener algo de la del lince, segun lo que se entraba en el pensamiento y en el corazón.

Era el tal caballero, segun el vecino de tio Cacharro, un grandísimo fariseo, un santurrón con ribetes y hasta pretensiones de *obispo de levita*. Yo, que le conocí muy bien, puedo asegurar que ese caballero poseia, entre otras virtudes, la de no tener pelo de liberal.

Mucho respeto debían de profesarle Juan Manuel y Pepe Martin, puesto que estaban como encogidos en su presencia.

—Bien, ¿Y luego? les preguntó.

—Entonces, con el permiso del Alcalde, contestó Juan Manuel, fuimos al hospital. Las Hermanas nos digeron que camilla la habia; pero que no tenia personal para llevarla. El enfermo tiene que pagar los brazos que han de llevarlo allí.

El caballero se quedó pensativo, y reconcentró más su investigadora mirada sobre Juan Manuel. Hubo un rato de silencio en que los visitantes, con los ojos bajos, aguardaban que el caballero hablase. Este dijo al fin, sonriendo:

—Y ustedes ¿qué piensan hacer?

—Esto veníamos á preguntarle, á ver si usted, como presidente de la Conferencia, nos daria algun consejo.

—Hijos míos, ya saben ustedes que la Conferencia no tiene recursos; yo, francamente, no sé que decirles. Hagan ustedes lo que más convenga... Por fin no sé... piensen ustedes.

Y al mismo tiempo el presidente, sin dejar de sondearles con su penetrante mirada, se levantó y se despidió de ellos afectuosamente. Cuando los jóvenes estuvieron en la escalera, el presidente les dijo, en tono muy significativo:

—Rueguen ustedes á S. Vicente..... Procuren que él les inspire algo de su caridad inmensa...

Salieron Juan y Pepe, cabizbajos y entristecidos. Sin hablar palabra se dirigieron calle abajo. Pepe Martin rezaba. «Dadnos Señor, un medio para vencer este obstáculo,» decia mentalmente. Juan Manuel se paró súbitamente, y dió una palmada en el hombro de su amigo.

—¿Recuerdas, exclamó lo que ha dicho el presidente mientras bajábamos la escalera? Pues ahora caigo en lo que quiso decir. Nosotros somos pobres: en-

tre tú y yo, apenas si podemos reunir una peseta; no basta eso para pagar dos jornaleros que lleven la camilla, y tio Cacharro no puede continuar en su casa....

—Por supuesto.

—¿Porque no le llevamos nosotros al Hospital?

—No se hable más del asunto; adelante.

Y echaron á andar hácia el benéfico establecimiento, como si fueran á hacer la cosa más natural del mundo.

—Venimos por la camilla, dijeron á la Hermana.

—¿Y quién la va á llevar?

—Nosotros El pobre anciano no puede continuar en su casa.

—Pero ¿cómo van á llevarle ustedes?.. Pesará mucho.

—Dios nos dará fuerzas, Hermana.

Cargaron con la camilla y salieron del hospital. Eran las cuatro de la tarde, y habia mucha gente por las calles. La Religiosa, al ver la humildad y la abnegacion de aquellos jóvenes, con sonrisa de ángel levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. ¡Señor, ayúdales!

III.

—Hijos míos, balbuceaba, llorando como un niño, tio Cacharro. Nó, yo no quiero esto: vosotros sois ángeles del cielo; pero yo no quiero que vosotros me lleveis.

—Vaya, amigo, que esto no vale nada... Somos jóvenes y tenemos bastante fuerza. Cójame usted por el cuello.. Pepe, cogelé por las piernas... Así. ¿Ve usted? ¡Si el Señor nos da más fuerzas de las que necesitamos!

—¿Está usted bien? dijo Pepe Martin. Pues adelante. ¿Estás, Juan? Pues arriba.

Y hala, hala, sudando el quilo y sin temor del *que dirán*; despreciando los respetos humanos, que suelen matar en su nacimiento las acciones más sublimes, Pepe y Juan, aquel par de oscurantistas, dieron fin á su heroica empresa, que debió de regocijar á los mismos angeles.

En la primera sesion que celebró la Conferencia de S. Vicente de Paul, el presidente, sin mentar el nombre de la caritativa pareja que á tan alto punto habia llevado la humildad y la abnegacion, expuso á los demás socios la necesidad de imitar tan sublime ejemplo, y les dijo que su desvio en sacarlos de

apuros cuando le pidieron consejo, no tuvo otro fin que el de ponerles á prueba, si bien el resultado sobrepujó sus esperanzas.

El rubor y la confusion solamente fueron los delatores de Juan Manuel y Pepe Martin.

Tio Cacharro murió en brazos de estos jóvenes, héroes humildes de la caridad verdadera, y sus últimas palabras, en aquel trance supremo, fueron estas:

—¡Dios os bendiga, hijos míos!

Esta fué su única recompensa en la tierra. En cuanto á los periódicos, que inciensan y ponen en las nubes al iniciador de un baile á beneficio de los niños de la Inclusa, no vieron en aquel sacrificio, que por desgracia pocos tendrían valor de llevar á cabo, más que una *chifladura* de gente de sacristia.

Y el libre-pensador, el vecino de tio Cacharro, cada vez que pasaban cerca de él Juan Manuel y Pepe Martin, exclamaba:

—¡Buen par de hipócritas!

ANGEL RUIZ PABLO.

(Tipos y costumbres de mi tierra) (1)

SECCION INSTRUCTIVA

Dicen algunos: ¿Para qué sirve la confesion?

Contestacion. Por de pronto es menester confesar que sirve para algo, supuesto que es una institucion divina, y que Dios nada hace sin motivo.

Pero, además de esto, tú me preguntas: ¿De qué sirve la confesion? *Confésate, y verás para lo que sirve.*

Verás que sirve para convertirse en bueno, de malo que uno es; verás que sirve para corregirse de sus vicios, y avanzar á grandes pasos en la senda de las más heroicas virtudes.

¿Para qué sirve la confesion? Pregúntalo á ese pobre joven á quien degradaban sus hábitos vergonzosos, cuyo sello aparecia ya impreso en su marchitado rostro... Mírale cambiado tanto en lo físico como en lo moral. ¿Qué ha hecho, pues? Se ha confesado, se confiesa. Anteriormente no se confesaba.

¿Para qué sirve la confesion? Pregúntalo á ese obrero, antes tan libertino, tan

(1) **NOTA**—El asunto de este articulo es histórico. Acaecido, hace pocos años, en una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, y los dos hipócritas gozan de plena salud, que el Señor les conserve para llevar á cabo tan caritativas acciones como la relatada.

aficionado á la taberna, ¡y ahora tan casto, tan sobrio, tan arreglado, tan trabajador, convertido en poco tiempo en el modelo de sus compañeros! Su esposa y sus hijos reconocen que la confesion sirve para algo.

¿Para qué sirve la confesion? Pregúntaselo á esa pobre mujer, agobiada por la miseria, con la carga de tantos hijos, maltratada por su marido... Muchas veces la desgraciada ha resuelto acabar su sufrimiento echándose al río... El pensamiento de Dios y de sus hijos la ha contenido. Se acerca al confesor... Ignoro lo que éste le dice; pero mirala como vuelve á su casa con la paz en el corazon, y casi con la alegría en el semblante. Ella soporta ahora sus pesares con dulzura; sufre sin abrir la boca los malos tratamientos de su marido... Este ve con extrañeza el cambio; luego admira, despues ama, y finalmente imita. Saca ahora la cuenta: un suicidio menos; una madre conservada á seis ó siete hijos; un matrimonio en santa union, y una familia virtuosa más.

Despues de esta pobre mujer viene un criado, que durante algunos años hacia sus *pequeñas ganancias*, algo arriesgadas, á costa de su amo. Un remindimiento lo turba; se dirige al sacerdote... Si el amo fija la atencion en sus cosas, podrá observar que el gasto ordinario ha disminuido, sin que haya menguado en nada el rango de su casa... y el dia menos pensado recibe de una mano desconocida un billete de cuatrocientos, quinientos ó más francos.

Saca la cuenta: un ladron menos; tal vez la afrenta de la cárcel que se ha evitado á una familia honrada; un leal sirviente más.

¿Para qué sirve la confesion? Pregúntaselo á los pobres de tal lugar. El rico propietario del término los dejaba abandonados á su miseria; consumia para sí toda su inmensa fortuna... Hace algun tiempo que se confiesa... y aquí lo tienes convertido en un padre de los desgraciados; se anticipa á sus privaciones... ¡Reconocen los pobres que la confesion sirve para algo!

La confesion es el escudo de la perseverancia y de la virtud. Es la corteza áspera y dura, lo reconoces; pero la corteza protectora que conserva intacto el maravilloso fruto que llamamos *la conciencia*.

La confesion hace renacer y conservar la paz del corazon, sin la cual no hay felicidad posible.

Ella es, la confesion, la que evita un

gran número de crímenes y de desgracias.

¡Ella es la que levanta al pobre pecador, á quien su fragilidad ha separado de Dios! Ella es, sobre todo, la que consuela al moribundo pronto á comparecer á la presencia de su Dios y de su Juez.

¡Qué cambio no se notaría en el mundo si todos se confesasen sincera y seriamente, conforme debe hacerse!

Las leyes y los guardias civiles poco tendrían que hacer. Con esta sola ley de la Iglesia: «Confesarás todos tus pecados á lo menos una vez al año,» habría lo bastante para regenerar el mundo y contener todas sus revoluciones.

Juzga, pues, del árbol por sus frutos.

Con la confesion sucede lo mismo que con todo lo demás de la Religion. Sólo son sus enemigos la ignorancia, las preocupaciones y los vicios.

M. Segur.

VARIEDADES

Lógica de un ladrón.

Un rico propietario, Santiago Trahec, era libre-pensador. Tenia en el corazon un odio feroz é implacable á la religion católica y sus ministros. Su biblioteca contenia todo lo que se ha escrito de más cínico y más abominable contra el catolicismo. Estaba suscrito á todas las publicaciones de propaganda del ateismo, y la sola vista de un buen periódico le indignaba.

Trahec poseia el furor del proselitismo. Instruia en sus malas doctrinas á sus criados, colonos y vecinos; peroraba acaloradamente ante ellos contra los sacerdotes; negaba la existencia de Dios, burlándose, además, de Cristo y del Evangelio. La propaganda producía sus frutos.

Un dia fué sorprendido uno de sus arrendatarios, forzando la caja de su amo, que contenia algunos miles de francos.

El ladrón fué preso. Mientras los gendarmes le ataban las manos y se disponian á llevarlo á la cárcel, Trahec, rodeado de un grupo de campesinos, exclamó en alta voz.

—¡Es muy justo que el peso de la ley caiga sobre los miserables que así deshonoran el país!

Al oír aquellas palabras, el ladrón levantó bruscamente la cabeza, su apagada mirada se enardecía:

—Señor, dijo, echando atrás su sombrero, con un gesto lleno de insolencia; no es usted el que puede predicar aquí. ¡Demasiado lo sabe usted!

—Tengo el derecho de hacerte sentenciar, pícaro, tunante, y haré uso de él.

—Y yo le haré á usted callar, repuso el ladrón.

¿Ven ustedes á ese hombre, señores gendarmes? A ese debían ustedes prender y no á mí. Él es la causa de mi desgracia!

—¡Calla, estúpido, miserable! repuso Santiago Trahec, exasperado.

—No callaré; yo era un hombre honrado mientras creí en Dios, y me habia resignado á vivir bien ó mal con el producto de mi trabajo. Pero usted me quitó esas ideas con sus palabras, su ejemplo y sus escritos.

Iba los domingos á oír á otros charlatanes, que como usted, nos persuadian que los sacerdotes eran enemigos del pueblo; que no habia Dios, ó que si existia no se ocupaba de nosotros; que lo de la otra vida no era más que una tontería.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu robo, canalla?

El rostro lívido del ladrón se enrojeció.

¿Y es usted, hombre educado, é instruido, el que lo pregunta á un ignorante como yo? Señor; si no hay otra vida; si no hay Dios; si no somos más que materia, no quiero comer toda mi vida sólo más patatas: lo entiende usted? ¡Quiero goces como usted! No me acomoda vivir siempre trabajando! Deseo descansar, darme buena vida, comer bien, beber mejor, alegrarme, divertirme como usted y los suyos lo hacen; ¡quiero ser feliz!

Santiago Trahec, calló aterrado: la lógica del ladrón no tenia respuesta.

¡A cuantos y cuantos *caballeros* se les podia decir lo mismo!

(El Anunciador.)

Frutos láicos.

Nos escriben de S. Juan de Vilasar, provincia de Barcelona, que el 19 del pasado se suicidó en aquel pueblo un jóven llamado J. B. amigo y partidario de los láicos que pululan por aquella poblacion y defensor del *libre-pensamiento*. A cosa de las tres de la tarde, se oyeron unas detonaciones, acudieron la familia y los vecinos y le hallaron acostado en su cama, bañado en sangre y ya difunto á consecuencia de dos heridas que se habia inferido en la garganta y en el pecho.

Junto al dááver se encontraron el revolver y una carta en que decía que se mataba porque estaba cansado de vivir y de estar enfermo.

El viernes Santo del año pasado, este jóven habia concurrido á un banquete de promiscuacion, dado por los ímpios de Vilasar que llenó al pueblo de horror y de indignacion.

No es extraño.

Así paga el diablo á quien le sirve.

Otro idem.

Leemos en *El Alicantino*. Un padre de familia muy conocido, recibió hace poco de un hijo suyo de trece años una carta en los siguientes términos:

«Querido padre: Te he estado engañando hasta hoy. Me crees un hombre honrado, un hijo modelo, sumiso y obediente, y soy un pillo. Las malas compañías, los malos amigos me han viciado hasta el extremo quo soy hipócrita. Ya lo ves te engañaba.

«No quiero seguir sosteniendo esta situación, y aunque mucho te quiero, he decidido

alejarme de tu lado. Tuve el atrevimiento de robarte veinte duros y un revolver que en el cajon de tu cómoda encontré.

„Con esos veinte duros y diez y seis que tenia en mi hucha, me marché por esos mundos de Dios. Cuando se me acabe el dinero, el revolver dará cuenta de mi. Adios, papá; sabes que siempre te ha querido tu hijo.—*Enrique.*”

Afortunadamente la guardia civil tropezó al muchacho.

Frutos católicos.

Habrà como unos cinco meses, la señora viuda de P. Pedro Luis Saavedra, de Mula, recibió del Párroco de San Miguel de dicha villa, la cantidad de 125 pesetas, que bajo secreto de confesion le fueron entregadas, para dicha señora por un penitente.

Por el mismo conducto, le fueron restituidas, hará poco más de un mes 75, á D. Pedro Gomez Rodriguez; y hace ocho dias 25, á D. Juan Sanchez Tejedor. Por último, obran en poder del mismo señor cura 75 pesetas, para entregarlas, como restitucion, á D. Francisco Llanos, Médico de los Baños de Arceña, en el momento en que vaya á Mula.

Esto de un sólo párroco.

Además hay que añadir las restituciones siguientes:

A un sacerdote de la Diócesis de Valencia le ha sido entregada en confesion por un penitente la cantidad de dos mil pesetas, en onzas de oro para que las restituya á su legítimo dueño.

Un virtuoso sacerdote de Alicante ha entregado en las oficinas de la Sociedad de seguros “La Union y el Fenix”, de dicha ciudad, la suma de veinte pesetas, que para ser restituidas, le fueron confiadas por un penitente.

El precioso relicario de plata filigranado que le fué sustraído al Excelentísimo Prelado de Salamanca en el tren, ha sido devuelto por conducto de un padre Dominico en calidad de restitucion, hecha tambien en el augusto tribunal de la penitencia.

Pícaros curas.

Ha muerto el anciano sacerdote D. Sebastian Dominguez, que ha sido párroco de Albaida durante 42 años.

142 años de párroco!... ¡Qué fortuna habrá hecho, dirán lo laicínicos!...

Pues sí, el párroco... de Albaida ha dejado en toda clase de bienes, la exorbitante suma de *sesenta y cinco reales?*

Los pobres que tuvieron en él un protector, saben por qué.

Allá vá un rasgo suyo.

Yendo el párroco de Paterna de Ribera á hacer el entierro de caridad de un hombre que habia fallecido víctima de un horrible cáncer, al llegar á una de las chozas inmediatas al pueblo, donde estaba el cadáver, lo encontró completamente solo, sin haber nadie dispuesto para conducirlo al cementerio. Viendo que nadie parecia, auxiliado del sacristan que le acompañaba y de dos piadosas

mujeres, le llevó al Campo Santo, donde no estando á la sazón el sepulturero, por no dejarlo allí abandonado, tomando el azadon le sacó del ataud y dióle cristiana sepultura.

La Revista Religiosa de Jerez, de la que tomamos la noticia, cree que este hermoso hecho se presta á los desplantes y burlas de *El Motin* y *Las Dominicales*.

En verdad: la caridad heroica del párroco de Paterna de Ribera, bien merece alguna calumnia ó insulto de periódicos semejan- tes.

Nos dicen de Alcoy

Brillantísima fué la funcion que celebró la V. T. O. del Cármen el pasado domingo, y solemne y conmovedora la procesion de fin de fiesta, verdadera manifestacion pública de piedad y de religion, cuyo recuerdo tardará en borrarse de la memoria de los alcoyanos. Con motivo del estreno de la preciosa Imágen de la Virgen del Cármen la procesion corrió la carrera de Corpus: en ella recibió Maria Santísima testimonios de la piedad de sus hijos, y mas de cincuenta coronas tiradas á su paso y multitud de pájaros encintados y magníficos globos, sirvieron de alfombra y de corona y de muestra del amor de un pueblo agradecido. Fueron de notar la compostura edificante de los asistentes y la rabia de masones, espiritistas y liberales, manifestada en palabras insultantes y muestras de despecho y de mala educacion.

No es extraño.

LA FELICIDAD

Sueño que el alma fatiga,
luz que ante mí se derrama,
voz que impaciente me llama,
ansia que á vivir me obliga;
felicidad que me hostiga,
que en pos de mí siempre va,
que aun mismo tiempo le dá
luz y sombra á mi deseo...
yo en todas partes le veo,
y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa
en el bien de una sonrisa,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo posible...
en todas partes visible,
y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
que los sentidos engaña
y tras de aquella montaña
parece que nos espera;
en impetuosa carrera
el hombre á cogerla vá,
llega... se fué... siguielá...

piensa asirla á cada instante...
la nube siempre delante,
pero siempre más allá

Tras de la sombra mentida
que finge tu afán profundo,
buscándola ¡or el mundo
vas consumiendo la vida;
sombra alcanzada ó perdida
en donde quiera que estés
por todas partes la ves...
más, ay infeliz de tí
si llegas, ya no está allí,
si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! sueño vano
de un bien que no está en la tierra,
ansia que impaciente encierra
triste el corazon humano;
luz de misterioso arcano,
vaga sombra celestial,
mezcla de bien y del mal,
tú eres en mi corazon
la eterna revelacion
de mi espíritu inmortal.

José Selgas.

Bibliografía

RAMILETE DE PENSAMIENTOS, dedicado á las almas cristianas para mayor honra y gloria del Sagrado Corazon de Jesús, un tomo de 03 páginas en octavo cuenta céntimos en rústica, y una peseta en tela. Libreria de Enrique Hernandez Paz 6 Madrid.

¿SALDRÁ EL PAPA DE ROMA? Folleto de actualidad por T. de V., revisado por la autoridad eclesiástica. 50 céntimos de peseta.—Libreria de la Inmaculada Concepcion,—Buensuceso 13,—Barcelona.

Han salido ya á luz los cuadernos 18 y 19 de la HISTORIA DE LOS CABALLEROS DEL TEMPLE que publica la casa editorial de D. Juan Grabulosa, Buen-suceso 13 Barcelona.

EL CLERO Y LA POLÍTICA, ó la participacion del clero en la política, por D. Benigno Cruz, Dean de la Catedral de Concepcion, con licencia eclesiástica. Libreria católica, Pino 5, Barcelona.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

| | |
|-----------------------|----------------------|
| Una accion. | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. | 2 " " |
| Un cuarto id. | 1 " " |
| Un octavo id. | 0'50 " " |

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerias católicas.